

Jesús M. Martínez

Sub-director, Depto. de Teología para Universitarios
U. Católica de Chile.

LA HISTORIA DE ADAN EN LA TEOLOGIA CRISTIANA

ESBOZO DE LAS CORRIENTES TEOLOGICAS SOBRE EL PECADO ORIGINAL

HACE quince años, un teólogo francés se preguntaba si se creía todavía en el pecado original (1). Paulo VI, es cierto, acaba de darle una tajante respuesta afirmativa (2). Para la mayoría de los cristianos, sin embargo, no sería aventurado sostenerlo, la doctrina del pecado original es objeto de una fe muy problemática, en el mejor de los casos, o de una fe por descuido, en el peor. Sin olvidar, naturalmente, aquellos que ya han dejado hace rato de ver en el pecado original un problema dogmático, para encerrarlo bajo cuatro llaves en el amplio desván de las leyendas.

En todo caso, se habla cada vez menos del pecado original. Fuera de algunos artículos en revistas especializadas, el tema sale a relucir de repente para justificar la propiedad privada, para colorear dogmáticamente actitudes pesimistas de origen muy poco dogmático, para demostrar que es inviable la sociedad comunista de Marx, o para descalificar de un solo golpe el pensamiento teológico-científico de Teilhard.

En otras palabras el pecado original parece convertirse poco a poco en una especie de curiosidad dogmática, sin importancia especial.

Y sin embargo, un contacto, incluso superficial, con la tradición intelectual del cristianismo, sobre todo latino, bastaría para convencernos de que el tema del pecado original ha sido una de las claves esenciales para la com-

(1) H. RONDET, *Croyons-nous encore au péché originel*, en "**Problemes pour la reflexion chrétienne**", París, 1954.

(2) Cfr. **Credo** de Paulo VI, en La Clausura del año de la fe.

presión cristiana del mundo, del hombre, e incluso del propio cristianismo como tal.

Así, por ejemplo, sentía Pascal. Su profundo agustinismo lo convierte en un testigo no sospecho.

"No esperéis, dice la Sabiduría de Dios, ni verdad ni consuelo de los hombres. Yo soy aquella que os formé, y la única que puede enseñaros quiénes sois. Mas no estáis ahora en el estado en que os formé. Al hombre lo creé santo, inocente, perfecto; lo llené de luz y de inteligencia; le comuniqué mi gloria y mis maravillas. El ojo del hombre veía entonces la majestad de Dios. No estaba entonces en las tinieblas que lo ciegan, ni en la mortalidad y en las miserias que lo afligen. Mas no pudo soportar tanta gloria sin caer en la presunción. Quiso convertirse en centro de sí mismo, independiente de mi ayuda. Se sustrajo a mi dominación; y queriendo igualarse a mí por el deseo de hallar su felicidad en sí mismo, a sí mismo lo abandoné; y rebelando a las criaturas, que lo estaban sometidas, se las he vuelto enemigas: de suerte que hoy el hombre se ha vuelto semejante a las bestias, y en tal alejamiento de mí, que no le queda sino una luz confusa de su autor: ¡hasta tal punto han sido apagados o perturbados todos sus conocimientos! Los sentidos, independientes de la razón, lo arrastran en busca de placeres. Las criaturas todas, o lo tientan o le hacen sufrir; y dominan sobre él, ya sea sometiéndolo por la fuerza, o bien seduciéndolo por su dulzura — que es la más terrible y más imperiosa dominación.

"He aquí el estado en que los hombres hoy se encuentran. Quédales cierto instinto importante de la felicidad de su naturaleza primera, y están sumergidos en las miserias de su ceguera y de su concupiscencia, que se convirtió en su segunda naturaleza.

"Por este principio que os manifiesto, podéis reconocer la causa de tan extrañas contradicciones, que han intrigado a todos los hombres, y los han dividido en opiniones tan diversas. Observad ahora todos los impulsos de grandeza y de gloria, que la experiencia de tales miserias no consigue ahogar, y mirad si no es preciso que la causa de tales impulsos sea una naturaleza diferente" (3).

"Ciertamente, nada nos hiere más rudamente que esta doctrina; y, sin embargo, sin este misterio, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles para nosotros mismos. El nudo de nuestra condición se ata y se enmadeja en este abismo; de suerte que si este misterio es inconcebible para el hombre, más inconcebible es el hombre sin este misterio" (4).

(3) B. PASCAL, *Pensées*, n. 483 (éd. Chevalier).

(4) *Ib.*, n. 433.

I. LA HISTORIA DE ADAN EN LA TEOLOGIA TRADICIONAL

1. LA HISTORIA DE ADAN

Sin pretender encontrar una síntesis completa de la doctrina tradicional en estos pensamientos pascalianos, bastan estos textos para hacernos percibir que la temática del pecado original constituye, en la teología clásica, un conjunto donde confluyen elementos muy complejos.

En este punto el Concilio de Trento nos presta un servicio incalculable, al sintetizar con un máximo de precisión de autoridad el pensamiento común de los teólogos ortodoxos, más allá de las polémicas de detalle (5). Nos interesan los tres primeros de los cinco puntos del Decreto conciliar.

El Nº 1 se refiere exclusivamente a Adán. Primer hombre, constituido en santidad y justicia en el paraíso desobedece al mandato divino, e incurre por ello en la ira de Dios. A partir de este momento, Adán queda sometido a la muerte, pasa a poder del demonio, y, en resumen, empeora su condición, no sólo espiritualmente, sino que también en lo corporal.

Esta historia de Adán, sin embargo, trasciende lo puramente personal, para convertirse en historia de la humanidad, es decir, de los descendientes de Adán. En efecto (Nº 2), el pecado de Adán se transmite a todos sus hijos: nacen éstos carentes de la santidad y justicia de que Adán gozó. Es decir, que no solamente heredan de Adán la muerte y las otras desdichas corporales, sino que también el pecado mismo en cuanto tal: nacen apartados de Dios.

Finalmente, es necesario aclarar que se trata de **un** solo pecado. No es que cada hombre pague por su cuenta, y se convierta así en imitador de Adán; es el mismo pecado de Adán, la falta de Adán, la que hereda cada uno de nosotros. Falta, además, que ningún hombre puede remediar y que sólo Cristo, con su sangre, pudo redimir (Nº 3).

Dejando de lado el lenguaje técnico de la teología, el pueblo fiel pudo recibir esta historia de Adán más o menos en estos términos:

“Dios creó el mundo, y deseando formar un ser a su imagen y semejanza, hizo a Adán. Adán vivía en un paraíso terrenal, ajeno al dolor y sin temor a la muerte, porque el dolor y la muerte no existían, y Adán era amigo íntimo de Dios. Como no le faltara nada, y lo tuviera todo, era feliz. Y así también lo serían todos los hombres, descendientes de él.

“Pero queriendo Dios someterlo a una prueba, para ver hasta dónde llegaba la fidelidad de Adán, le impuso una prohibición. Adán, orgullosamente, desobedeció esa prohibición, sin medir las consecuencias. Estas fueron muy desastrosas para Adán: la amistad de Dios se convirtió en ira, y ésta redundó en castigos terribles, como fueron el dolor, el trabajo fatigoso, y, sobre todo, la muerte. Adán fue expulsado del paraíso terrenal, y nunca más volvió a divisar sus árboles maravillosos, ni a beber de sus aguas transparentes, y hasta los animales, que eran antes compañeros fieles, lo desconocían y se volvían fieramente contra él. Su propio cuerpo, ya no obedecía a su voluntad ni a su razón. Había desobedecido a Dios.

(5) Sesión V, 17 de junio de 1546; Dz.-B. 787-792.

"Pero eso no fue todo. Cuando Adán y su mujer, Eva, tuvieron hijos, todos ellos nacieron fuera del paraíso, y Dios estaba tan airado contra ellos como contra sus padres. Aunque ellos no habían tenido directamente la culpa, el pecado de su padre los seguía marcando misteriosamente, de modo que formaron una familia de pecadores y de enemigos de Dios, por lo cual no se les levantaron los castigos impuestos a Adán.

"Esta familia creció y se multiplicó, llenó la tierra y se convirtió poco a poco en lo que conocemos como la humanidad, es decir, todos los hombres, porque todos los hombres descendemos de Adán. Nadie podía hacer nada. El Demonio era el amo del mundo, y sometía a los hombres a su imperio de hambre, guerra y destrucción.

"Pero Dios tuvo compasión, y envió a su Hijo al mundo, para que venciera al Demonio y a la Muerte, y ofreciera a los hombres la reconciliación. Este Hijo, Jesucristo, nos salvó con su propia muerte, y nos dejó el bautismo como medio de hacernos partícipes de su salvación".

2. LA UTILIZACION TEOLOGICA DE LA HISTORIA DE ADAN

Este esquema narrativo, esta **historia**, los teólogos del pasado la fueron elaborando, estudiando, glosando, e interpretando a partir de sus categorías y de sus propias preocupaciones concretas. Y aquí es necesario hablar, en primer término, de San Agustín. En primer término, no sólo porque él es, cronológicamente, el primer gran teólogo del pecado original, sino también por la paternidad que en este punto, como en tantos otros, le cabe con respecto a la teología latina posterior.

Fundamentalmente, la historia de Adán es, en el pensamiento Agustiniiano, la clave de la existencia del mal en el mundo: el mal en todas sus formas, sea pecado, concupiscencia, o dolor. Si esta historia es fundamental para San Agustín, no lo es por otra razón sino porque el problema del mal constituye desde la adolescencia el tormento de su alma (6). Mediante la historia de Adán, San Agustín estimaba superable el dualismo maniqueo, ya que el mal quedaba justificado ampliamente sin poner en duda la bondad o la justicia de Dios.

En efecto, y por una parte, en Adán, San Agustín anula la existencia del mal. El escándalo racional que éste representa, desaparece al declararlo innecesario. Adán no sufre; él es el verdadero hombre.

Por otro lado, el propio Adán va a fundar con su pecado la accidentalidad actual del mal. Si Adán pasa a sufrir, y con él todos sus descendientes, es justamente porque se torna culpable, ya que Dios no sería justo si dejara esa falta por castigar.

Un texto, entre muchos, serviría para ilustrar el uso y la interpretación agustiniana de la historia de Adán:

"De la naturaleza del hombre hablamos en sentido estricto cuando nos referimos a la naturaleza inculpable en la cual fue inicialmente creado; y en un sentido distinto, cuando tenemos en vista la actual, en la cual, por castigo de aquel que fue condenado (es decir, Adán), nacemos mortales, ignorantes, y sometidos a la carne" (7).

(6) Cfr. *De Libero Arbitrio*, I, 2.

La falta de Adán se convierte de esta manera en el recurso decisivo del pensamiento de Agustín: funda el mal exonerando a Dios. Para la teología antigua, este aporte debía aparecer como algo formidable. Toda ella se había debatido en el dilema de un mundo malo que era necesario referir, en última instancia, a un Dios absolutamente bueno: ¿cómo sortear, en tales condiciones, el dualismo de casi todo el pensamiento antiguo, ya sea del maniqueísmo como tal, ya de sus infiltraciones, bajo capa de gnosticismo, en el propio cristianismo? El recurso de Agustín —y de aquí seguramente su éxito— consiste precisamente en retirar a Dios del debate sobre el mal, sustituyendo a Dios por Adán, y transponiendo el dualismo teológico de los maniqueos y gnósticos en un dualismo cosmológico y antropológico, de apariencia completamente inocente. En lugar de un Dios bueno y un Dios malo, tenemos un mundo y un hombre buenos, y un mundo y un hombre malos. El enigma transcendente se convierte en un enigma inmanente, cuya clave es el pecado de Adán. La teología le transfiere a la antropología el más dramático de sus debates.

Tal sería, a nuestro parecer, el sentido más hondo de la doctrina agustiniana del pecado original. Es explicable que no siempre se le atribuya tal sentido. En los escritos del pensador africano es más notoria la reiterada polémica con los pelagianos en torno a esta misma cuestión. Pero, sin embargo, la doctrina agustiniana sobre el pecado original no es una doctrina antipelagiana, sino antimaniquea. Prueba de ello es que el diálogo **De Libero Arbitrio**, anterior a la polémica pelagiana, contiene ya esencialmente la posición definitiva de Agustín. La diferencia con los pelagianos, más bien previa a este problema, es probablemente de índole temperamental: los pelagianos no comparten de partida el pesimismo de Agustín. Más que el pecado original, lo que aquí se ventila es el problema de la gracia y, por eso, en ningún momento Agustín parece sentirse obligado a revisar su empleo de la historia de Adán.

Para la teología posterior a San Agustín, la historia de Adán es, por de pronto, tan "auténtica" e indiscutible como para él mismo: como que se trata de una historia bíblica. Aún más, el carácter indiscutible de esa historia se verá acentuado por la tendencia creciente de la cristología latina a interpretar el hecho cristiano como Redención expiatoria; interpretación que unía íntimamente la historia de Cristo con la historia de Adán, terminando ambas por condicionarse mutuamente. Cristo y Adán se correspondían de manera estricta, como focos de una Historia cuyo curso pudiera ser representado por la mitad inferior de una línea elíptica.

Por cierto que este aspecto no era ajeno al pensamiento del mismo Agustín (8). Pero en él predomina la interpretación ya reseñada. Esta otra utilización de la historia de Adán, ya no como clave del problema del mal, sino como telón de fondo explicativo de la historia de Cristo, dentro de la correspondencia pecado-redención, se irá tornando casi exclusiva a medida que se vaya imponiendo en teología la solución tomista al problema del mal.

Frente al pesimismo platonizante de Agustín, Santo Tomás exhibe un optimismo de notoria ascendencia aristotélica. La solución de Santo Tomás para el problema del mal, como la de San Agustín, se establece por medio de una anulación racional del mal. Pero si en el africano esa anulación era resultado de un desdoblamiento de la Historia, en Santo Tomás encontramos

(8) Cfr., por ejemplo, **De Libero Arbitrio**, III, 10.

otra vía. El aquinate suprime el mal metafísicamente, al declararlo no esencial: metafísicamente hablando, el mal no existe, el mal es privación. De aquí surgirá la divergencia radical entre los dos grandes pilares de la teología latina.

En efecto, para San Agustín no se entendería el mundo tal cual es sin el pecado de Adán. Santo Tomás, en cambio, sí que lo entendería. La verdadera naturaleza del hombre, es su naturaleza actual. El actual es el verdadero mundo. El pecado de Adán no explica la realidad, es un hecho que pertenece exclusivamente al ámbito de una historia de salvación. El pecado de Adán no explica la concupiscencia, el dolor, y la muerte: explica más bien la necesidad humana de redención. Esta es la Teología inclinada a afirmar que, si Adán no hubiera pecado, Cristo no hubiera venido a la tierra; o que, por lo menos, no tenemos en la Escritura ninguna otra explicación de su venida.

II. LA HISTORIA DE ADÁN Y LAS REVISIONES MODERNAS DE LA TEOLOGÍA DEL PECADO ORIGINAL

1. EL AGUSTINISMO MODERNO

Que sepamos, la primera de estas revisiones francamente modernas la encontramos en Kant. En un artículo titulado **Conjeturas sobre los comienzos de la historia humana**, y publicado por el **Berliner Monatschrift** en 1786 (9), Kant hace una lectura simbólica de la historia de Adán, tal como se encuentra en Gn. 2-3. El estado anterior al pecado, es para Kant la época en que la humanidad vivía sometida al instinto. Mientras vive dentro de los límites de ese instinto, la vida no le es al hombre problemática. Pero el día en que se reconoce capaz de rebasar esos límites, empujado por la curiosidad de su razón, descubre su libertad, y con ella la inquietud y la angustia.

"La salida del hombre del paraíso, que la razón le representa como primera morada de su especie, no ha sido sino el paso de la rusticidad de una criatura puramente animal a la humanidad, de las ataduras donde la sujetaba el instinto al gobierno de la razón, en una palabra, de la tutela de la naturaleza al estado de libertad. El problema de saber si el hombre ha perdido o ha ganado con este cambio, no se plantea ya, si se mira al destino de su especie, el cual reside únicamente en la **marcha progresiva** hacia la perfección" (10).

De este modo, Kant, sin esperar el evolucionismo darwiniano, hace una lectura ya evolucionista de la historia de Adán, tomada como conjunto simbólico. Y es curioso constatar que, si bien la interpretación de Kant es direccionalmente opuesta a la de San Agustín, la utilización del tema de Adán es coincidente en ambos pensadores: a Kant le preocupa también el problema de cómo justificar el mal sin comprometer a Dios.

(9) En castellano, bajo el título "Comienzo verosímil de la Historia Humana", en **Immanuel Kant, Filosofía de la Historia**, Buenos Aires, 1964; Trad. de Emilio Esttíu; pp. 117-136.

(10) Cfr. *Ib.*, p. 125.

“El hombre sacará ventaja y utilidad, si quiere instruirse y mejorar, de semejante exposición de su historia. Esta exposición le muestra que no debiera culpar a la Providencia por los males que le oprimen, y que tampoco tiene razón de arrojar su propia falta en la cuenta de un pecado original que hubiera tornado transmisible, por herencia, una cierta inclinación a situaciones de este género (pues acciones efectuadas en virtud de una voluntad radical, no pueden comportar ninguna hereditariiedad)...” (11). “Tal es el resultado decisivo de una historia de los primeros comienzos del hombre, tal como podría intentar hacerla la Filosofía: satisfacción con respecto a la Providencia y con respecto al curso de los asuntos humanos tomados en su conjunto: curso que no parte del Bien para caminar hacia el mal, sino que se desenvuelve lentamente de lo peor a lo mejor, según un progreso al cual cada uno, en su patria, y dentro de la medida de sus fuerzas, está llamado por la naturaleza a contribuir” (12).

La interpretación kantiana parece haber dominado, casi por completo, la utilización de la historia de Adán por parte de los autores anglosajones. De Kierkegaard, en **El Concepto de Angustia** (cuyo subtítulo, **Simple aclaración psicológica preliminar al problema del pecado original**, incorpora la obra, de lleno, a la literatura sobre nuestro tema), a Erich Fromm, en **Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea**, perdura el mismo sistema de interpretación. La teología anglosajona, por su lado, incorpora también el mismo esquema interpretativo, para despojarlo en seguida, mediante el pesimismo religioso y antinatural que le es tan propio, del carácter optimista que lo revestía en Kant. Así, se expresa, por ejemplo, el gran exégeta Von Rad:

“Escapándose de la inocencia en la obediencia, arrancándole a Dios el conocimiento por medio del desafío, el hombre desencadena un movimiento que se revela cada vez más poderoso y titanesco (...). En este desenvolvimiento hacia la cumbre de lo titánico, están los jalones de un desarrollo de la civilización humana, que se intensifica. Pero este desarrollo hacia la altura y esta lenta ascensión hacia una grandeza civilizada, corresponden a una alienación más profunda del hombre con relación a Dios, que debe concluir con una catástrofe” (13). “Así, esta narración contiene también una parte de seria crítica contra la cultura” (14).

D. Bonhoeffer, por su lado, es también un exponente autorizado de esta tendencia, que parte de Kant para recuperar en definitiva un agustinismo pasado por el tamiz luterano.

“La caída del hombre en la Creación de Dios, es al mismo tiempo inconcebible e inalterablemente inexcusable. Es la revuelta, es la destrucción de la criaturidad. Y en todo esto no hay un mero lapso

(11) Cfr. *Ib.*, p. 135.

(12) Cfr. *Ib.*, p. 136.

(13) *Théologie de l'Ancien Testament*, Geneve 1963, p. 114.

(14) *Génesis. A Commentary*, Philadelphia 1961, p. 98.

moral, sino la destrucción de la creación por la criatura. La caída afecta al conjunto del universo creado, el cual, despojado en adelante de su criaturidad, se precipita ciegamente por el espacio infinito, como un meteoro que se ha desgajado de su núcleo" (15).

2. REVISIONES CATOLICAS: PECADO ORIGINAL Y EVOLUCIONISMO

Dentro del campo católico, las revisiones modernas de la teología del pecado original están casi invariablemente condicionadas por la asimilación, tardía por cierto, de una teoría evolucionista cuyo sentido y cuya orientación son contrapuestos a los de la historia de Adán. En la medida en que en el pensamiento católico pesaba el evolucionismo, se tornaba más agudo el dilema planteado por esta contradicción. El mejor testigo es Teilhard de Chardin.

"Estoy cada día más convencido, por experiencia, de que nuestra representación catequética de la caída cierra el paso a una vasta corriente religiosa que no pediría otra cosa sino engolfarse en el catolicismo, pero que se separa de él porque, para entrar, es necesario, al parecer, dejar en la puerta lo más valioso y lo más amplio que han conquistado los últimos esfuerzos del pensamiento humano" (16).

La solución de Teilhard, similar a la de Kant en cuanto al uso de la historia de Adán, consiste en proyectar esa historia a dimensiones cósmicas, haciéndola clave simbólica de una justificación evolucionista del mal — con lo cual permanecemos dentro de la tradición agustiniana.

"Desde este punto de vista, el pecado original, considerado en su fundamento cósmico (si no en su actualidad histórica en los primeros padres), tiende a confundirse con el propio mecanismo de la evolución, donde viene a representar la acción de las fuerzas negativas de 'contra-evolución'" (17).

La Encíclica **Humani Generis**, por su parte, contribuirá a orientar el debate católico colocando, en primer término, la alternativa monogenismo-poligenismo. Un católico podía admitir el evolucionismo, con tal de mantener el origen de la humanidad a partir de una sola pareja, aunque se dejaba a los teólogos el cuidado de combinar los datos científicos de la teoría evolucionista con la historia de Adán. Había aquí una consagración implícita, al menos parcial, de una lectura simbólica de Gn. 2-3, que no era novedosa desde Kant, y que empezaba ya a ser normal para la mejor exégesis católica, pero sospechosa hasta entonces para la teología oficial.

(15) *Creation and Fall*, New York 1965, p. 76.

(16) Carta al P. Valensin (1922); en E. RIDEAU, *La Pensée du P. Teilhard de Chardin*, París 1965, pp. 404-405.

(17) Note sur le péché originel, en conclusión a *Le Christ Evoluteur*; RIDEAU, p. 405.

Karl Rahner fue uno de los primeros teólogos contemporáneos en abocarse a la tarea. En un artículo famoso, intentó dar al monogenismo una fundamentación cristológica y metafísica al mismo tiempo (18). Recientemente, sin embargo, él mismo reconoce la eventualidad de una interpretación poligenista de la historia de Adán. Pero al situar claramente la problemática del pecado original dentro de un contexto cristológico, referido a Rom. 5, Rahner da la espalda a la tradición agustiniana para volver al terreno de la teología medieval.

Más importante, por lo significativo y lo completo, es el ensayo llevado a cabo recientemente por dos teólogos de la Universidad Gregoriana de Roma, A. Flick y Z. Alszeghy.

Para comenzar, nos ofrecen en pocas líneas un diagnóstico preciso de la situación, en teología católica, frente al tema que nos ocupa.

“La noción de pecado original es uno de los temas teológicos que más necesidad tiene de ser radicalmente repensado. La necesidad de una reflexión profundizada sobre este concepto deriva no solamente de la dificultad de armonizarlo con la visión evolutiva del mundo, de la oscuridad que envuelve los orígenes y el desarrollo de este dogma, o de la repugnancia del sentido moral para admitir un reato antecedente a todo acto personal. La conciencia teológica actual está hoy más angustiada que nunca por todos estos problemas, precisamente porque comprende que ellos revelan algo de incompleto, de insatisfactorio, en la elaboración teológica del concepto mismo de pecado original. De hecho, no existe ninguna interpretación teológica que sea reconocida por todos como expresión adecuada del dogma, ni siquiera manteniéndose en los límites que comporta la explicación de un misterio” (19).

La insatisfacción, nuestros autores la justificarán mediante una revisión de la doctrina tradicional. Ahora bien, esa doctrina tradicional, ¿no quedó definitiva y oficialmente canonizada por el Concilio de Trento? ¿Habría que estar insatisfecho, entonces, con una definición conciliar? Flick y Alszeghy enfrentan intrépidamente la tarea de validar una actitud tan poco común en la teología católica.

“Estudios recientes han mostrado que las fórmulas ‘anathema sit’ colocadas en el Concilio de Trento al final de una frase, no significa todavía con certeza que el concilio haya querido proponer tal aserción como dogma de fe, que hubiera de creerse como verdad revelada. Ahora, supuesto esto, es posible dudar si en el decreto sobre el pecado original los padres han querido definir (como dogma en el sentido actual) la historia paradisíaca, considerada en sí misma” (20).

(18) “Consideraciones teológicas sobre el monogenismo”, *Escritos de Teología*, Vol. I, Madrid 1961, pp. 253-324; “Pecado Original y Evolución”, *Concilium*, 26 (1967).

(19) “Il peccato originale in prospettiva personalistica”, *Gregorianum*, 46 (1965), pp. 705-732; p. 705.

(20) “Il peccato originale in prospettiva evoluzionista”, *Gregorianum*, 47 (1966), pp. 201-225; p. 214.

Con esto, tenemos por primera vez una crítica teológica seria, no ya a la doctrina del pecado original en su conjunto, sino, lo que es más importante, a la propia historia de Adán en cuanto base de semejante doctrina. Como los exégetas, nuestros autores reconocen ya que no se trata necesariamente de una historia cuyo tipo de veracidad fuera similar a la veracidad de una historia, críticamente bien documentada, de la caída del Imperio Romano.

A partir de este momento, se podía pensar ya en una interpretación evolucionista de la historia de Adán. Quedaba, sin embargo, otro obstáculo: la idea de justicia original.

Con el fin de adecuarse a las nuevas exigencias de la crítica bíblica, algunos autores habían realizado el desdoblamiento de la historia de Adán. Tal había sido el esfuerzo del P. Labourdette, y del exégeta A. Dubarle. Con estos autores vamos a tener, no una, sino dos historias de Adán. La fortuna de esta explicación se explica por su misma sencillez, y, más aún, porque estaba ya implícita en la teología de Santo Tomás. Por un lado, hay una historia cosmológica y antropológica de Adán: la transición paraíso-desierto, salud-enfermedad, ocio-trabajo, felicidad-desdicha. Por otro lado, y paralela a la primera, una historia teológica de Adán: la transición inmortalidad-muerte, gracia-pecado, amistad-enemistad con Dios, en síntesis, justicia original-pecado original. La primera de estas dos historias, podía ser sacrificada en aras de un evolucionismo que la hacía impensable en términos modernos. Pero la segunda debía ser cuidadosamente resguardada como contenido dogmático inmutable, como el núcleo verdadero de la historia total de Adán. Con lo cual se pensaba haberle entregado a la ciencia moderna lo que ésta reclamaba, sin expoliar con ello a la teología y a la revelación.

Flick y Alszeghy adoptan este desdoblamiento de la historia de Adán, pero reinterpretan todavía a su modo el contenido de la historia "teológica" de Adán. Para adaptarla también al esquema evolucionista, sustituyen la "justicia original" por una justicia original a futuro, que ellos denominan "justicia original virtual" (21). El pecado no privó a Adán de una justicia que hubiera poseído con anticipación, sino que lo privó más bien de la posibilidad de alcanzar posteriormente una justicia que le estaba ofrecida.

"Si la oferta de la forma original de la vida sobrenatural hubiera sido aceptada, la humanidad hubiera llegado a una perfección bien diferente: poseedores, desde el nacimiento, de la vida de la gracia, los hombres hubieran dominado con el desarrollo perfecto de la persona todo el dinamismo de la naturaleza, hubieran eliminado el sufrimiento, y hubieran pasado del estado terrestre de su existencia al estado definitivo, sin sufrir aquella experiencia de 'ruptura' que es la muerte, tal como nosotros la conocemos" (22).

Frases todavía más explícitas ("la evolución no se ha detenido, pero sigue en adelante una vía diferente, y está dominada por otra ley"; "la humanidad nace en un estado diferente al que debía ser según la evolución originalmente querida por Dios"), vuelven a situar el tema dentro de una óptica agustiniana. Aún interpretada teológicamente, la historia de Adán se convierte de nuevo en

(21) Greg. 47, p. 214.

(22) Greg. 47, p. 216.

una clave cosmológica y antropológica. Su originalidad específica está en la reinterpretación dentro de un esquema evolucionista: pero hay dos evoluciones, como antes había dos mundos, aun cuando a una de estas evoluciones se la declare "virtual".

De este modo, Flick y Alszeghy, después de poner en duda el carácter dogmático de la historia tridentina de Adán, después de modificar el sentido de la historia teológica del mismo, retornan a interpretaciones cuya novedad es sólo aparente. Y ello, precisamente porque no se enfrenta nunca el problema de la historia de Adán como tal.

III. HACIA UNA SOLUCIÓN CRISTOLÓGICA DEL PROBLEMA

Ante la frondosidad de un tema como el del pecado original, hemos optado por hacer una simplificación en la que resaltan los aspectos esenciales del problema. Nos parecía necesario, antes que nada, establecer en sus propios términos la historia de Adán, tal como la teología la cuenta, para después analizar, a grandes rasgos, las posibilidades interpretativas que esa historia ha ofrecido a la teología.

Concretamente, estas posibilidades parecen reducirse a dos. O se hace del pecado original una clave cosmológica y antropológica, conectada con la temática del mal, o más bien se lo utiliza como una clave cristológica, referida a la temática de la salvación y de la gracia. La predominancia de cualquiera de las dos posibilidades está condicionada por el carácter de cada teología en particular.

Markada por el debate en torno al evolucionismo, la teología católica se vio arrastrada en general a un empleo cosmo-antropológico. Aún el desdoblamiento de la historia de Adán en historia simbólica e historia teológica, reince en definitiva en el plano de lo cosmológico.

Por otro lado, si exceptuamos la revisión inicial de Flick y Alszeghy con relación a Trento, la teología católica parece no haber hecho la crítica de la doctrina tradicional allí donde ella sería más rotunda, y también más prometedora: es decir, en lo que se refiere a la historia de Adán como tal, entendida como dato teológico. Para esto, hubiera sido preciso superar con mayor celeridad el conflicto con el evolucionismo científico, conflicto que, al explotar ruidosamente, polarizó la investigación hacia la búsqueda de un acuerdo, sin haber tenido la oportunidad de criticar previamente las bases mismas de la doctrina que se pretendía acordar.

Si esto fuera cierto, la teología actual tendría todavía en la investigación del tema del pecado original una tarea que se puede vislumbrar como fecundadora de zonas muy extensas del pensar teológico. Una de estas tareas consistiría en estudiar a fondo la utilización cristológica de la historia de Adán, utilización cuyo origen se remonta a San Pablo (especialmente en el c. 5 de la Carta a los Romanos), y para la cual se encuentran antecedentes muy poco explotados en autores como San Ireneo, y sin duda en la teología griega en general. Sólo que, a diferencia de ciertas teologías medievales, ya no se trataría de explicar a Cristo por medio de "Adán", sino, en cierto modo, de elaborar aquella antropología de base cristológica reclamada por teólogos de ac-

tualidad, y para la cual también existen antecedentes muy firmes en San Pablo y en los griegos.

La otra tarea, sería compartida por la teología con aquellas ciencias humanas que se interesan por el origen y por la significación de las formas de expresión cultural. Se trataría de un estudio de la historia de Adán en sí misma.

¿Qué significa la presencia, en teología, de esta historia? Ciertamente, en los términos en que la teología la cuenta, la historia de Adán tiene caracteres míticos. Más precisamente, es la forma judeo-cristiana del mito universal de la Edad de Oro (23): un mito que, como tal, podría convertirse en objeto de estudios teológicos de gran interés. La distinción, en la historia de Adán, entre un nivel simbólico y un nivel teológico (un nivel "ropaje" y un nivel "contenido"), entre elementos que se pueden rechazar y elementos que se deben mantener, es enteramente arbitraria. Una historia mítica es una unidad literaria, regida por leyes particulares, y tanto el binomio ocio-trabajo, como las transiciones inmortalidad-muerte, justicia-original-pecado, pertenecen todas ellas al mismo sustrato mitológico que postula, de manera prácticamente invariable en la historia de la civilización, que toda perfección es inicial, que todo lo deteriora el Tiempo, que la Historia es un decaimiento paulatino.

Si la historia de Adán es la forma judeo-cristiana del mito de la perfección de los orígenes, es fácil percibir que la utilización agustiniana de esa historia va justamente en el sentido que parece tener el mito mismo: es decir, la fundamentación del "mundo malo" que nosotros conocemos.

La utilización cristológica, en cambio, revela un esfuerzo más original. Se trata precisamente de la expresión del hecho cristiano en los términos de un esquema cultural universal, como es el de la Caída, un poco de la manera como Teilhard de Chardin elabora una cristología en base al esquema cultural universal que es hoy la Evolución.

La solución del problema teológico del pecado original, depende en último término del redescubrimiento de una cristología no mitizada. El descubrimiento del sentido del Adán mitológico, depende en última instancia del descubrimiento del sentido de Cristo real.

(23) Cfr. MIRCEA ELIADE, *Aspects du Mythe*, París 1963; en particular, ch. 2, "Prestige magique des 'origines'".